

PREFACIO

por Álvaro Vargas Llosa

¿Deberían los liberales abocarse a la formación de partidos políticos para impulsar la causa de la libertad en el mundo o es preferible que dediquen sus esfuerzos a ganar la lid de las ideas para que sean otros, bajo la presión «ambiental», quienes desmonten la herencia estatista de los distintos países?

Todos los liberales nos hemos hecho alguna vez esta angustiosa pregunta para la cual no hay una respuesta «correcta» y otra «incorrecta»: ambas vías son válidas. Después de todo, la libertad de elegir de acuerdo con las preferencias de cada cual es un bastión de nuestro credo. Una decidida acción política apoyada en resultados exitosos puede modificar conciencias y a su vez atajar lo que Jean-François llamó la tentación totalitaria. Pero a la larga, si no hay un clima de ideas propicio, también es cierto que toda reforma liberal tendrá pies de barro y que la transmisión generacional de las buenas ideas políticas y de los buenos valores morales correrá el riesgo de verse interrumpida.

Estas y otras cuestiones medulares del quehacer liberal subyacen al libro de Antonella Marty, que expone con precisión el predominio de las ideas populistas e intervencionistas en América Latina y argumenta en favor de la necesidad de hacerles frente en el campo de la academia, la investigación, la divulgación y las comunicaciones. El objetivo es lograr una modificación sustancial del acervo cultural que hoy gravita tanto sobre quienes toman decisiones y quienes participan del quehacer político.

Con ese propósito en mente, la autora rememora y realza el ejemplo de quienes, en el mundo anglosajón, fueron capaces, en la segunda posguerra, de allanar el camino para que sus propios países emprendieran reformas audaces gracias a la creación de *think tanks* orientados a la defensa del Estado de Derecho, la propiedad privada y la libre empresa. Esas reformas, a su vez, inspiraron políticas transformadoras en otros lugares. El caso de Margaret Thatcher, que fue admirada por toda una generación de líderes en Europa central, por ejemplo, es indisoluble del esfuerzo paciente que realizó el Institute of Economic Affairs, la legendaria creación de Antony Fisher, Ralph Harris, Arthur Seldon y otros a instancias de Friedrich Hayek, en el Reino Unido para desmitificar el mal llamado Estado del Bienestar.

No menos influyentes fueron, en los Estados Unidos de los años 80, las propuestas que habían impulsado entidades dedicadas a la investigación y a la divulgación de las ideas de la libre empresa desde los años 30 y 40, nacidas en parte como reacción al *New Deal* erigido por Franklin Roosevelt sobre los escombros de la Gran Depresión.

Con el tiempo y gracias a pioneros como Fisher, el ejemplo cundió en otras partes del mundo. Como nos muestra Antonella Marty, alcanzó también a los países en vías de desarrollo, incluida una América Latina muy necesitada de un aparato intelectual orientado a combatir el populismo.

Cuando se produjo la ola de reformas liberalizadoras y privatizadoras en esta región en los años 90, sin embargo, todavía el trabajo intelectual de los *think tanks* liberales y de los escritores, periodistas y divulgadores convencidos de la necesidad de desandar el camino populista no había alcanzado una masa crítica. Siempre he pensado que esa limitación tuvo consecuencias trágicas, porque de otro modo aquellas reformas hubiesen sido más profundas, coherentes y limpias de sospecha ética de lo que fueron. Estoy convencido de que, con esa masa crítica, las reformas

hubieran resistido mejor el asalto populista contra el «neoliberalismo» que demonizó en muchos de nuestros países la causa de la libre empresa. De ese asalto populista nacieron las dictaduras, semidictaduras o democracias autoritarias del siglo 21 que afean hoy un subcontinente donde ha habido, sin embargo, progresos significativos.

Esta constatación, en cierta forma, convalida la tesis de la autora de *La dictadura intelectual populista*. Sin esa dictadura intelectual hubiese sido mucho más difícil que consiguiesen su propósito los caudillos que se han aferrado al poder en países como Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua, o que han resucitado las peores prácticas del peronismo en Argentina, y para partidos que han acaparado el poder a lo largo de sucesivos periodos, como el laborista en Brasil. También hubiera sido mucho más costoso, desde el punto de vista político, para nuestros gobernantes democráticos mantener esa inercia mediocre que los llevó a desaprovechar el *boom* de las materias primas negándose a hacer nuevas reformas. Unas reformas que eran y son indispensables para continuar eliminando los obstáculos que traban la libre respiración de nuestras sociedades.

La buena noticia es que nunca es demasiado tarde. De allí que un texto como el que los lectores tienen en sus manos posea también, independientemente de la voluntad consciente de la autora, una dimensión convocante. Sus páginas invitan a los liberales de las nuevas generaciones a emprender la tarea de revertir la dictadura intelectual del populismo. Una red de instituciones liberales ya existente (y otras que puedan surgir en el futuro) están allí para ser fortalecidas y empleadas por quienes quieran contribuir a la tarea de modificar el clima de ideas en que se desenvuelve nuestra vida pública.

Una ventaja importante con la que cuentan quienes quieran sumarse a esta labor es la rica tradición de intelectuales liberales de nuestro continente. Es una tradición que, a lo largo de los años,

ha sido por momentos opacada por el aparato propagandístico de la izquierda populista, pero que no deja de ser un referente que conviene tener en cuenta. Desde precursores independentistas como Francisco de Miranda hasta la llamada Generación del 37 de Juan Bautista Alberdi, Domingo Sarmiento y compañía en la Argentina, y desde allí hasta Carlos Rangel, el autor venezolano de *Del buen salvaje al buen revolucionario*, obra maestra que acaba de cumplir cuarenta años de publicada, un linaje de pensadores que nos han enseñado el camino. Muchos de ellos tuvieron que bregar en solitario, otros debieron combinar su magisterio con la acción pública, y algunos partieron antes de tiempo, pero todos nos hablan todavía de la necesidad de desbrozar el camino que tantas décadas de elucubraciones y deformaciones populistas han repletado de hojarasca.

América Latina enfrenta hoy un reto que hace aun más urgente el combate intelectual en favor de la libertad. El fin de la más reciente bonanza de las materias primas ha detenido la expansión de nuestras economías y de nuestras clases medias, y distintos sectores atentos al surgimiento de oportunidades para desacreditar el liberalismo empiezan a enfilar sus baterías contra el modelo heredado de los años 90. La respuesta a eso no es, por cierto, defender el *statu quo*, sino profundizar las reformas truncadas (y en algunos casos parcialmente revertidas) para defendernos del nuevo contexto internacional y prepararnos mejor para el próximo.

Hay otra razón poderosa que exige acometer la tarea de influir en el clima de ideas. Se trata de la crisis que atraviesan los países gobernados por el populismo autoritario en sus distintas variantes. Dado el agobio que padecen, no puede descartarse que más temprano que tarde esos gobiernos caigan y den paso a instituciones democráticas bajo las cuales otros líderes habrán de emprender cambios difíciles. Si para entonces no ha variado el clima de ideas y no hemos logrado sentar las bases intelectuales

para que esas reformas estén bien orientadas, cabe la posibilidad de que los nuevos líderes desaprovechen la oportunidad. En ese caso será solo cuestión de tiempo antes de que regresen al poder las malas ideas políticas, encarnadas en otra camada de demagogos tercermundistas.

Es una buena cosa que una autora joven como Antonella Marty se estrene formalmente con este texto en el combate de las ideas, ayudando a otros jóvenes a entender su importancia y a conocer mejor la experiencia de emprendedores intelectuales que lograron hacer en sus países lo que parecía imposible. Si este ejemplo cunde, no hay duda: América Latina será en el futuro mejor de lo que es.

PRÓLOGO

por Alejandro Chafuen

Es una suerte poder escribir sobre la autora y sobre el tema de este libro. Empecé a seguir su carrera intelectual desde sus últimos años de enseñanza secundaria, y fui testigo de su gran evolución durante sus años de estudios en la universidad formal y en la universidad de la vida. En su caso, esta última universidad fueron los *think tanks*. Antonella S. Marty trabajó y colaboró con diversos centros de políticas públicas en el Norte y Sur de las Américas.

Siendo muy joven, pero no tan joven como ella, tuve la suerte de beneficiarme de que grandes maestros me abrieran puertas. En mi caso, mis primeros «padrinos» intelectuales fueron los argentinos que trataron de emular y replicar parte del trabajo pionero de la Foundation for Economic Education, de Estados Unidos. Todos ellos fueron muy generosos, ofreciendo sus libros, invitándonos a eventos con economistas ilustres, dándonos oportunidades para seguir aprendiendo y luego enseñar las ideas de la libertad. Entre los que más me ayudaron a conectar con el mundo de las ideas liberales tengo que mencionar especialmente al Dr. Alberto Benegas Lynch, con su Centro de Estudios Sobre la Libertad (CESL); al almirante Carlos Sánchez Sañudo y su Escuela de Educación Económica y Filosofía de la Libertad (ESEDEC); a Enrique Loncan, que colaboraba con ambos; y, en forma muy especial, a Alberto Benegas Lynch (h.) durante los primeros años de ESEADE.

CESL y ESEDEC, al igual que algunas instituciones de Estados Unidos como el Ludwig von Mises Institute (Auburn, Alabama), preferían no llamarse *think tanks* de políticas públicas, viéndose más como centros educacionales dedicados a sembrar ideas fundamentales mediante publicaciones, cursos y conferencias.

Luego de mis años formativos en Argentina, emigré a Estados Unidos, donde pude seguir trabajando en el mundo de los *think tanks*. Y hacia allí partió la autora para compenetrarse más con ese mundo de la producción y disseminación de ideas. Apenas aterrizada en Washington, Antonella conoció el universo de los mejores *think tanks* del mundo, dedicados a analizar y recomendar políticas públicas de corte liberal. Este pequeño libro recoge varias de las experiencias de la autora y reflexiones de lo que aprendió acerca de cómo diversos tanques de pensamiento pueden colaborar en la construcción y protección de una sociedad libre.

El primer requisito de uno de mis mentores, el Dr. Hans F. Sennholz, un discípulo de Ludwig von Mises que era decano de Economía en el Grove City College, era que en lugar de solo pensar y estudiar, yo tenía que escribir con suficiente claridad y calidad para publicar. Lo mismo le sugerí a Antonella.

Fue como encender una cerilla cerca de un combustible listo para explotar. A partir de ahí, al mismo tiempo que continuaba sus estudios, esta joven tan madura comenzó una carrera enormemente productiva de escritora de artículos de opinión y de divulgadora de las ideas de libertad.

La conclusión del libro me recuerda a la obra del chileno Axel Kaiser *La fatal ignorancia*. Kaiser, que anticipó que el modelo chileno sería atacado y era vulnerable, concluye recomendando un mayor compromiso de líderes empresariales en la creación de nuevos *think tanks*. Antonella Salomón Marty también hace una fuerte defensa de estos centros de pensamiento y acción. También pide más apoyo y que se emule la labor del empresario Antony Fisher, creador e inspirador de muchos *think tanks*.

Como yo he dedicado mi vida a los *think tanks*, tanto fuera como dentro de la universidad, no soy un observador muy objetivo. Pero aun así, la autora parece incluso más optimista que yo.

Los *think tanks* son un eslabón muy importante en la cadena que mueve las políticas públicas, pero no lo son todo. Las universidades son clave; también lo son los medios de comunicación y, por supuesto, los políticos. Siempre recuerdo el relato de una de las cenas de aniversario del Institute of Economic Affairs, en Inglaterra, donde los miembros del instituto repetían las enseñanzas de Antony Fisher sobre que había que mantenerse fuera de la política. Margaret Thatcher, en ese momento líder del gobierno, tomó la palabra y dijo: «Bien, muy bien, suelen ser los gallos que cantan, pero son las gallinas las que ponen los huevos.» Marty menciona con bastante detalle la relación entre Fisher y Thatcher, prueba suficiente de que Fisher, si bien era un férreo defensor de la independencia política de los *think tanks*, veía con muy buenos ojos que estos pudiesen influenciar en la política.

Ningún libro puede abarcar todo, así que hay temas interesantes a analizar en un futuro, tales como los límites que tienen los *think tanks*. De esto la autora sabe bien porque, al igual que yo, ha colaborado con un *think tank* estupendo y heroico: CEDICE Libertad, en Venezuela. La excelencia de este centro de pensamiento se topa con las enormes barreras del totalitarismo del siglo XXI, las nuevas estrategias y el poder del populismo de izquierda. En sus futuros escritos, la autora seguramente tratará de responder preguntas tales como: ¿por qué razón durante uno de los períodos con más crecimiento del número de *think tanks* en Estados Unidos la libertad económica empezó a declinar? ¿Por qué no existe correlación entre el número de *think tanks* por país y la libertad?

Cuando yo llegué a Atlas en 1985, entre el listado de los *think tanks* liberales Fisher incluía a la Universidad Francisco Marroquín y a la Universidad de Buckingham. Hoy, un grupo selecto de empresarios, entre los que se encuentran Charles y David Koch,

Jack Miller y John Allison, han estado aumentando su apoyo a centros de estudios, investigación y políticas públicas dentro de las universidades. Apoyan esfuerzos y programas en universidades de gran prestigio como el James Madison Program en la Universidad de Princeton; programas con afiliación religiosa, como «Ética en el mundo de la empresa», en la Universidad Católica en Washington D.C.; y universidades seculares y estatales, como George Mason University. Hay más de 200 de estos centros o *think tanks* universitarios en Estados Unidos. La Argentina que tanto quiere Marty, y todos los países latinoamericanos, se beneficiarían también con esfuerzos similares.

Además de la academia, necesitamos emprendedores intelectuales que se animen a ir más allá de la economía, abordando temas centrales como la familia, que cuando no ha sido destruida es el mejor ministerio de educación y bienestar social. Lo precaria que es la propiedad privada en Argentina y la mayoría de los países de Latinoamérica reclama de muchos más emprendedores intelectuales dedicados a defender a la misma de los abusos criminales y del atropello legal. En Estados Unidos hay aproximadamente una docena de *think tanks* dedicados a defender en forma legal a las víctimas del intervencionismo estatal; el más famoso es el Institute for Justice, y el más antiguo, quizás, el Pacific Legal Foundation.

Unas palabras finales sobre la autora: cuando Antonella S. Marty encuentra algo nuevo y bueno se deslumbra, se abre a ello, se nutre y lo comunica. Lo hace con pasión, talento y el entusiasmo de su juventud. Le presta atención a las ideas, a la realidad material y al espíritu. Me atrevo a decir que es más fácil aventurar acerca de su futuro promisorio que sobre el de los *think tanks*. Especialmente debido a lo difícil que es para estos últimos prosperar en países totalitarios y corruptos. Pero espero que muchos escuchen su llamado, sean atraídos y pongan en práctica su mensaje.

INTRODUCCIÓN

El presente escrito se inicia a partir de la hipótesis de que como región latinoamericana hoy nos enfrentamos a una multitud de prejuicios generales establecidos por las corrientes de la izquierda populista, partiendo de la raíz de que la dominación del lenguaje —una de las primeras armas a las que recurre el líder mesiánico caudillista— ha sido de tal tamaño que el populismo ha tergiversado la palabra liberal y la ha demonizado al igual que un sinnfin de conceptos, convirtiendo al liberalismo en una especie de chivo expiatorio.

A su vez, desde hace ya varias décadas se ha comenzado a investigar el rol de las Organizaciones de la Sociedad Civil (OSCs), o también conocidas como ONGs. Sin embargo, a pesar del creciente número de organizaciones y de su influencia en la realidad política y económica, los *think tanks* —un modelo de ONG— han recibido menor atención. Una buena parte de la sociedad civil pareciera tener determinadas dificultades para dimensionar el impacto que tienen los *think tanks* en el día a día, qué son y cuáles son sus funciones.

Para introducirnos al mundo de los *think tanks* o tanques de pensamiento, se puede definir en palabras propias que dichos institutos son laboratorios de ideas, donde se cuenta con las herramientas intelectuales para experimentar en el área de las políticas públicas y en la investigación y producción de ideas. Asimismo, son una voz independiente con valores propios y claramente definidos, que cumplen el rol de un puente entre la sociedad civil y

la gestión pública a través del debate político y la promoción de ideas, colaborando en la toma de decisiones de la esfera pública.

Estos *think tanks* son un actor de la sociedad internacional con alto nivel de importancia e influencia, ya que, según el estudio de James McGann (2013) producido en la Universidad de Pensilvania, existen en el mundo aproximadamente 6.618 *think tanks* de múltiples ideologías políticas, y más específicamente, América Latina cuenta con 662 de estas instituciones.

De este modo, se plantea la labor de los intelectuales frente a la situación que acontece en las academias de la región, de no contemplar en sus paradigmas el tema que se investiga en el presente escrito. Por su parte, resulta menester recordar el poder de las ideas y de los intelectuales, y que a la larga, las ideas siempre tienen consecuencias.

Asimismo, a lo largo de estas páginas, el lector observará el desarrollo de las ideas, soluciones y conceptos respecto de los vehículos más destacados y eficientes, quienes trabajan para revertir la crisis intelectual que está padeciendo América Latina, haciendo hincapié en la historia de las empresas de persuasión intelectual —es decir los *think tanks*—, su fuerza a nivel global, del mismo modo que se analizarán casos de éxito intelectual, y el futuro del liberalismo conducido por estas fábricas de ideas, las cuales lo han hecho trascender en el tiempo.

¿Qué funciones cumplen estos centros de pensamiento? ¿Qué es un *think tank*? ¿Cuál es el rol de los *think tanks* liberales? A lo largo del presente escrito obtendremos las respuestas a dichas preguntas, cuestión que nos permitirá comprender de un modo más completo el campo de acción de los intelectuales, y más específicamente, el rol de aquellos intelectuales del liberalismo, quienes serán los responsables de extender y hacer universales las ideas de la libertad.

Observaremos las ideas de la tradición liberal —más específicamente a los autores pertenecientes a la Escuela Austriaca de

Economía, tales como Ludwig von Mises y Friedrich A. Hayek— y su principal herramienta de difusión. De tal modo, podrá verse la traducción de la filosofía liberal al mundo de la política: es decir, las políticas públicas, y la forma en que los aportes de los autores liberales pueden encontrarse en determinados gobiernos del mundo —la Inglaterra de Margaret Thatcher—, partiendo de la forma en que *think tanks* fundados bajo el desempeño de Friedrich A. Hayek y Sir Antony Fisher, continúan con la tradición liberal en sus valores, idearios y principios.

Por último, cabe aclarar que nos encontramos con un siglo XXI intelectualmente convulsionado, y vemos la enorme necesidad de trabajar para desarrollar y brindar formación a los futuros expositores de las ideas liberales que se animarán a dar la batalla intelectual y cultural en las próximas generaciones.